IN MEMORIAM

Por Joaquín Calvo Sotelo

LA muerte le llegó cuando más la esperaba. En realidad, la había esperado siempre, desde antiguo. Sin embargo, cuando José Calvo Sotelo empezó a hacerse eje de España y a quererla enderezar por los rumbos soñados, comprendió ya que lo más fácil iba a ser que sucumbiera en la empresa. Para que el tránsito de vida a muerte se hiciera menos brusco a cuantos le querían y por que caer le parecía inevitable, vaticinó más de una ocasión, en voz alta, su destino. En voz baja, como una oración, yo se que a si mismo, venía augurándose, tiempo atrás, el sacrificio máximo.

Llevaba el triunfo escrito en la frente y la muerte se le hizo, como cuanto intentó en la vida, triunfo también. Todos los españoles podrían reconstruir, sin esfuerzo, el paisaje de aquel minuto en que supieron la noticia. "Yo salía de casa; yo bajaba del tren; yo entraba en mi oficina, cuando me dijeron..."

Sí; cuando nos dijeron... Pero a él, su corazón, se lo había dicho mucho antes. Y acaso su sentido claro y recto de las cosas. Era él, sólo, en aquellas jornadas dramaticas de España contra demasiados enemigos. El, y su voz. Se habían atiplado, en una transmutación repentina, otras voces, antaño erguidas. La suya, por el contrario, se vigorizaba con el mejor acero, a cada instante más temp'ado, con más capacidad de herir, con más fuerza para clavar al adversario en él. Su voz, en el silencio preñado de cóleras del Parlamento, cobraba unos días color, forma, relieve determinados; otros, pudo no oírse, pero la algarabía bruta de la horda ministerial no consiguió jamás dulcificarla ni someterla...

"El ingenio sin el talento, no es nada —dijo alguien— el talento solo es demasiado."

Nadie contestó nunca, a su igual, las chocarrerías con cifras exactas, las pullas con silogismos, las payasadas con mandobles de logica.

Así, todo era baba sobre el mármol.

¿Podía durar mucho tiempo aquella pugna, de tenaz tesitura, en la que uno de los contendientes luchaba con pellas de lodo, y el otro con argumentos de bronce? No. Tenía que interrumpirse para tomar sesgo distinto. Y se interrumpió.

Es un triste privilegio de España, suspirar por la falta de hombres y asesinarlos cuando surgen. ¡Ah, qué certeras han sido siempre las balas de nuestros crímenes políticos...! ¡Cómo han variado, con el impulso de su plomo pequeño, la trayectoria de la Patria...!

13 de julio de 1936. Calvo Sotelo habría sido el gran brazo de un rey y en su falta, el gran conductor de un pueblo capaz de hacer de sus años de mando, divisoria, tránsito de una época a otra.

Todo su hercúleo forcejeo parlamentario sólo perseguía colocar a su país en estado de gracia, hacerlo moldeable arcilla, dúctil a la alfarería de sus manos, para cuando los campanarios anunciasen la iniciación de la era redentora.

Lo triste es que el golpe sordo de su cuerpo en tierra, aparejó el alba de España con su fin físico. Dio la señal y se nos fué. Las sombras de la calle de Velázquez nos robaron cuanto podían robarnos: un cerebro titánico, que violentaba la frente que lo contenía; un pulso viril y firme; un corazon acordado al íntegro amor de su pueblo, sin amarras a nada ni a nadie sino a España, a España, a España...

Las sombras de la calle de Velázquez, nos robaron, del mismo modo sus palabras postreras. ¡Qué gran vano el que transcurre desde el momento en que deja su hogar a aquel otro en el que ya no es sino un pobre cuerpo profanado en el Depósito de cadáveres...!

Pero el día nuevo nos lo devolvió intacto y agigantado. Dió relieve de reliquia a su obra, de mito a su nombre, de semilla a su sangre, y los cañones que atruenan el Mediterráneo, festoneado de muertos, parecen, aún hoy, suplir las salvas de sus funerales primeros.

Ya es éste segundo aniversario de su ausencia cierta. Juana de Ibarbourou, soñaba con asomar, bajo la tierra sus ojos apagados, para ver desde la tumba por los tallos de las flores, el ir y el venir de la vida.

Si eso es hacedero, Dios haga presentir a José Calvo Sotelo en las pupilas yertas, los reflejos de la bandera que un tiempo fué casi sólo suya, que es hoy de todos y que él amó tanto.

Y que duerma tranquilo su sueño, mientras la paz se cuaja día a día. Al fin y al cabo, le ha sido deparada la suerte de morir por España. Y el morir en aras de un ideal de esa alcurnia, es la más sublimada fórmula del patriotismo. Morir: esto, es hacerte tierra. Hacerse tierra: esto es, patria misma.